

**P**erspectivas - horizontes posibles. Durante estos años trabajamos para “internacionalizar el conflicto”, según dijimos de manera festiva más de una vez. La convención de setiembre, que intenta exponer perspectivas del psicoanálisis, comenzó por ser de una biblioteca internacional, etc.

Se trata de una confianza en el poder creativo del significante, confianza que implica un peligro: la sobrevaloración del pensamiento por una de las neurosis y la idealización del pensamiento por otra neurosis. Si alguien quiere responder como analista debe recordar que “sólo se trata de palabras”. Incluso, cuando Jacques Lacan resume en 1970 y como al pasar su concepción del acto, dice: “Si lo que llegué a enunciarles sobre el nivel del acto cuando traté del acto psicoanalítico debe tomarse en serio, a saber, si es verdad que sólo podría haber acto en el contexto ya ocupado por todo lo que es la incidencia significante, por su entrada en juego en el mundo, no podría haber ningún acto al principio, en todo caso ningún acto que pueda calificarse de asesinato” (*Seminario XVII*, Ed. Paidós, pág. 133).

Este asesinato quiere responder por la *causa* de ese sueño de Sigmund Freud que llamamos Edipo.

¿Se puede escribir tragedia hoy? Jacques

Lacan parece responder que no, pero, enfrentado a la misma pregunta, Walter Kaufmann responde con *El vicario* como tragedia cristiana, con el *Galileo* de Brecht (hay versión castellana de ambas obras). No digo que Walter Kaufmann tenga razón, digo que no sabremos demasiado sobre el tema con sólo repetir que ahora no puede haber tragedia.

Por otra parte, Jacques Lacan ha dicho muchas otras cosas y también sobre esa versión especial de la “tragedia” —que se diferencia del resto— que se produce en Francia a partir de Corneille, Racine...

Walter Kaufmann dice algo más: “He sostenido que las tragedias sí pueden escribirse hoy en día. Hochhuth lo ha demostrado. Pero lo que hace que *El vicario* sea tan fascinante, es el hecho de que difiere de otras tragedias previas, tanto por tratarse de una tragedia cristiana como por tratarse de una mezcla de géneros, en el cual la historia toma el lugar de la comedia. Juzgado por los métodos tradicionales, que tanto han influido en Hochhuth, *El vicario* hubiese sido una obra más perfecta si Pío XII se pareciese más a Antonio, del *Tasso* de Goethe y si no se llamara Pío XII, y si en vez de usar un Papa recientemente fallecido, el dramaturgo hubiese creado un ficticio dignatario de la Iglesia” (W. Kaufmann, *Filosofía y tragedia*, Ed. Barral, Barcelona 1978, pág. 526).

Se trata de algo más que de una opinión que cualquiera de nosotros podría balancear con algunas palabras triviales, unas mayúsculas reverenciales y una referencia adulatoria a la autoridad, que ocultaría la dimensión de comedia de la historia —dimensión que no escapa a un Jacques Lacan que se refiere a Rabelais y también al *Satiricón*, para nombrar sólo algo contundente.

Pero además, la compilación de Fritz J. Raddatz titulada *Summa injuria, tormenta sobre El*

*vicario* (Ed. Grijalbo, México, 1965) que incluye una polémica *entre* unas ochenta (!) personalidades de diversos ámbitos y lenguajes, descarta la posibilidad de resolver con algún truco la cuestión.

¿Qué tiene que hacer este tema en las *perspectivas* del psicoanálisis? Es sabido que Jacques Lacan terminó por descubrir que el Edipo de Freud, con la construcción del padre que supone, enmascara una religión que está lejos de superar: “El padre real hace el trabajo de la agencia del amo (...) En primer lugar, en general, todo el mundo admite que es él quien trabaja, para alimentar a su pequeña familia. Si bien es el agente de algo, en una sociedad que evidentemente no le concede un gran papel, con todo sigue teniendo aspectos excesivamente amables. Trabaja. Y, por consiguiente, quisiera ser amado. Hay algo que demuestra que, evidentemente, toda esa mistagogia que hace de él un tirano se basa en otra cosa” (Seminario XVII, pág. 135).

El *Witz* y el artículo de Sigmund Freud sobre el humor (rectificación de la comedia por la segunda tópica) han dejado de hablar desde que M. Klein decidió que la manía era sospechosa y que la tristeza era noble. ¿Existe nobleza sin servilismo? Hegel piensa que no y también M. Klein con su heterosexual servil que trabaja para responder a las contingencias orgásmicas de esa Otra ideal que al fin logra inventar, no sin antes tragarse las desgracias de las fases anteriores. ¿Cómo exponer esa mezcla de trivialidad, angustia y culpa que es el *flogismo* de la clínica?

Ramón Menéndez Pidal mostró que el viejo amor cortés —que la clínica muestra en la versión del grotesco, al menos en la obsesión— debe más a las sutilezas árabes del dominio de la mujer, en tanto se la pueda asimilar a la extensión del cuerpo del señor, que a no sé que valoración del miste-

rio de la feminidad: “No es casualidad si las mujeres están menos encerradas que sus *partenaires* en el ciclo de los discursos. El hombre, el macho, lo viril, tal como lo conocemos, es una creación de discurso —por lo menos, nada de lo que se analiza de él puede definirse de otro modo. No puede decirse lo mismo de la mujer” (*Seminario XVII*, pág. 58).

¿Llegará el psicoanalista a ser la versión actual del *gardador*, del *raqib*, del *odiosus custos*, del *vigil custos*? Las histéricas de Freud, que corrían arrobadas al diccionario para entrar en la “cultura del discurso” —una sexualidad más allá del padre— se han convertido, en la reducción de M. Klein, en eso que el amor cortés, cortés como era, llamaba en masculino: *mi señor, mi dueño*.

Humildes, satisfechos, responderemos con mansedumbre a los caprichos de esos seres queridos, con el peso en el alma de alguien que nunca llegará a ser de verdad mujer, ni verdaderamente mujer.

La perspectiva *travestí* es menos inquietante si nos situamos, como propone Jacques-Alain Miller, en una “clínica du semblant”.

La versión francesa de la *Madame Klein*, de Nicholas Wright (Seuil, 1991) está acompañada por un trabajo de Serge Cottet y otro de Eric Laurent. Una perspectiva, también, para recordar a esa mujer velada por la madre: “Siempre produce estragos —dice Jacques Lacan—. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre”.

Cada uno se desliza por las lianas del significante, entre el pantano donde la madre se confunde con la muerte y el ámbito donde la amada nunca esta sola.

*Germán L. García*